

La Broma

A pesar de que el humo del puro le impactaba en pleno rostro, Pedro no se inmutaba. Su semblante, inexpresivo y frío, reflejaba estoicismo. Parecía acostumbrado a que su anfitrión se lo aventara. Mientras los dos bebían y charlaban, Milagros, a corta distancia, los observaba con una mirada inquisitiva que denotaba malestar, contrastando con la indiferencia de su hijo Roy, que siempre se salía con la suya.

Las carcajadas de Roy resonaban en la estancia, decorada con acuarelas y óleos mexicanos. Aunque la pintura era una de sus pasiones, su mayor placer era imponer su control, a costa de los demás. Se reía al imaginarse la cara de sorpresa de su invitado. Había preparado meticulosamente la broma, y cada vez que brindaba y lo veía a los ojos, llenos de inocencia, volvía a reírse sin poder evitarlo. Su rostro, enrojecido y casi en lágrimas, desentonaba con la seriedad de Pedro que, junto a él, empuñaba la mano dentro del pantalón, frotándose los dedos nerviosamente. Ambos volvieron a chocar sus vasos con whisky. Roy repitió la escena: abrazó a Pedro y mientras levantaba el vaso, decía:

—¡Salud!

Visiblemente inquieto y buscando controlar su incomodidad, Pedro fijó su mirada en el cuadro colgado en la pared, encima de la chimenea, y preguntó:

—¿Es tu nueva adquisición?

—Por fin la conseguí —contestó Roy mientras le daba una calada al puro.

—¿Es un Coghlan?

—Sí, es la acuarela más famosa de Edgardo.

La ansiedad de Pedro no pasó desapercibida para Roy, quien le preguntó:

—¿Qué te pasa?

—Nada, compadre —dijo Pedro, concentrado en la pintura mientras Roy se servía otro whisky.

La relación entre ellos se había estrechado a raíz de que Pedro perdiera a su esposa, dejando a su pequeña hija al cuidado de la madre de Roy, que se esforzaba por cuidarla. Como cada sábado, los tres convivían en la casa de Milagros, quien, en su abnegación, prefería guardar silencio mientras los escuchaba departir. Era consciente del humor ácido y pesado de su hijo, pero también de su esplendor con los amigos, lo que les hacía pasar por alto su comportamiento rudo. Incapaz de manifestar su incomodidad, Milagros guardaba para sí

los rumores sobre los desenfrenos de Roy, besando su crucifijo repetida e insistentemente, rogando por la custodia de la niña. Además de sentirse sola, le frustraba que Roy despilfarrara las ganancias del bar heredado de su padre y que le diera tan solo “limosnas” para sus gastos.

—¿Es la original? —preguntó Pedro.

—Me ofendes —respondió Roy.

—Observa con cuidado y podrás distinguir los trazos perfectos del entierro de un campesino, de ahí su nombre —añadió.

—¿Cuánto te costó?

—No seas quisquilloso —dijo Roy, evadiendo la pregunta, y agregó: —Recuerda, la curiosidad mató al...

Pedro lo dejó hablar, repasando mentalmente lo que sabía: la acuarela había sido subastada por 125 mil dólares. Sin embargo, necesitaba corroborar este hecho para cumplir con las cláusulas de su contrato de seguro de daños que cubría máximo 85 mil dólares, en caso de muerte accidental. Perfeccionista como era, estaba al tanto del valor de todas las pinturas de su amigo.

Roy, siguiendo su plan, aprovechó que Pedro estaba inmerso en sus pensamientos para cambiar la conversación:

—¿Qué tal si la seguimos en mi “casa”? —sugirió con una sonrisa astuta mientras se despedía de su madre. Su “casa”, su recién remodelado bar, era su orgullo.

Intrigado y deseoso de conocer el bar, Pedro aceptó la oferta y se subió confiado al flamante auto de su compadre, pero vio que este, inesperadamente, ocultaba algo en la parte trasera. Roy siempre andaba armado y nunca se separaba de su SIG P320. Además, conocía de pistolas y sabía que a Pedro le gustaba la Glock 19 y que había soñado con adquirir una, pero su temor por las armas de fuego lo detenía. Su padre, policía de profesión, fue asesinado en servicio cuando él tenía 15 años. Eso lo había marcado para siempre, pero, esta vez, Roy tenía la sana intención de hacer realidad el sueño de su querido amigo de la infancia.

En cuanto llegaron al bar, dos edecanes salieron a recibirlos. Roy era socio VIP y se distinguía por sus propinas. Ya en la mesa, Roy abrazó a la más joven y le murmuró al oído:

—Es él.

Ella sonrió y se deslizó suavemente entre los dos, acercándose provocativamente a Pedro, quien, sorprendido, dijo:

—Espera. No es mi cumpleaños.

—No importa —fue la respuesta de la joven.

Roy comenzó a reír, tan fuerte que algunos de los clientes se incomodaron, pero cuando vieron la SIG, sobresaliendo de su cintura, no dijeron nada. Los comensales estaban bien vestidos y su comportamiento era ejemplar. Pedro se sorprendió. “Este no parece un bar común”, se dijo a sí mismo al darse cuenta de que las paredes lucían obras de varios pintores mexicanos famosos. Le costó trabajo reconocerlo, pero halagó el contraste con el exterior, burdamente acabado. Esta era una especie de “boutique” de moda, con finos y costosos adornos cubriendo cada pared, iluminados indirectamente, creando una sensación de museo contemporáneo, pero en lugar de las bancas, grises y austeras, había bellas mesas que decoraban el espacio, destacando el buen gusto en los detalles.



—¿Te agrada? — preguntó Roy.

—Sí —contestó desconcertado Pedro, volteando a ver a la edecán.

—Este es mi nuevo “refugio” —afirmó su compadre.

—Me gusta la perfección —añadió Roy, dando palmaditas a Pedro.

En ese momento se anunció el programa de la noche. Todos ocuparon sus mesas. Las luces se apagaron y solo el reflector multicolor iluminaba la pista, donde la cantante invitada iniciaba el espectáculo. Su disfraz de vaquerita, con un cinturón que sujetaba su ajustada minifalda y un revólver, llamaba la atención, en especial la de Pedro, que sabía que su compadre la “molestaba” tras bambalinas, diciendo: “es broma”.

Roy esperaba con visible inquietud hasta que la cantante terminó su actuación. La ansiedad era evidente en su mirada. Al encenderse las luces, solicitó que le trajeran un paquete que había pedido previamente. Tomó la caja y se la extendió a Pedro diciéndole: —Toma, es para ti.

Pedro, con una mezcla de asombro e incredulidad en su rostro, incapaz de articular palabras de agradecimiento, balbuceó un simple “Gracias”, ofreciendo a Roy un brindis cruzado en muestra de confianza mutua. Ambos bebieron de la copa del otro.

—Ábrelo —insistió Roy, ansioso por ver la reacción de su amigo, pero enseguida cabeceó, cerrando lentamente los ojos.

«Pedro rompió con manos temblorosas el papel que envolvía la caja y, como podía, hurgaba dentro. Sacó el regalo y vio una hermosa Pi...



—Ja ja ja —la risa de Roy hizo eco en todas las paredes. Simultáneamente, se encendieron las luces y los tambores repicaron al ritmo de Bang, Bang, Bang, mientras la cantante saludaba al público con el sombrero en una de sus manos y el revólver en la otra.

La expresión de Pedro lo decía todo. Su mirada quedó fija en la pintura “La Pistola”, de Roy Lichtenstein, que apuntaba amenazadoramente a su cara. Su sueño se había hecho realidad, aunque no del todo.

Roy se reía, disfrutando este momento. Había gastado una fortuna, pero no le importaba.

—Otra broma perfecta— murmuró y siguió burlándose, ja ja ja.

Pedro se quedó sin habla. La sorpresa lo impactó al punto de llorar. Las lágrimas brotaban de sus ojos, pero inesperadamente sonrió. Su expresión cambió; el rictus de sufrimiento se transformó en una mueca maquiavélica que deformó su quijada. Se percató de que detrás de la pintura había un paquete... y envuelto en celofán, un revólver.

Roy continuaba celebrando. Sus carcajadas resonaban cada vez más fuerte. Pedro, enardecido, sin pensarlo siquiera, rompió el celofán, tomó la pistola y recordando todas las veces que había sido humillado, apuntó hacia Roy... pero dudó. La mano le temblaba cuando Roy se abalanzó sobre él, forcejeando. La pistola escapó de sus manos en la lucha, cayendo al suelo con un golpe sordo. En un momento de puro azar, o quizás genialmente planeado, se disparó al impactar contra el suelo, emitiendo un sonido atronador que cortó el aire y lo cambió todo.

—¡No! —gritó la cantante.

—La perfección no existe —murmuró Pedro mientras miraba el cuerpo sangrante y desfallecido de Roy. Sus ojos mostraban dolor y perplejidad.

La cantante, aún con su revólver en mano, se acercó a Pedro y al mismo tiempo que le daba un beso en la mejilla, le musitaba al oído: —Te equivocas.

—¿Por qué? —preguntó él, aún temblando.

—Estuviste “perfecto” —susurró ella.

El silencio reinó por un momento. Los comensales murmuraban incrédulos, y aunque dos pistolas iguales humeaban, solo una olía a pólvora.

Los agentes de seguridad del bar detuvieron a Pedro, quien, bajo las circunstancias atenuantes, exigía un juicio justo, alegando que había sido un accidente. El hecho de que no supiera cómo usar la pistola y que nunca disparó, lo favorecían. Con las manos sujetas tras la espalda, Pedro pasó cerca de su compadre, cuya mirada de incredulidad parecía

seguirlo mientras se lo llevaban. Era una despedida marcada por la confusión y la sorpresa. La cantante enfundó su pistola y aprovechó para agacharse hacia Roy y, mientras le cerraba los ojos, sarcásticamente susurró: “es broma”.

Por fin, gracias a la broma, Pedro había vencido su temor a las armas. Además, su fianza le daba la posibilidad de enfrentar el juicio en libertad y, con la venta de su regalo y el seguro de la pintura de Coghlan, cubriría los gastos de su defensa. Se embarcó en un proceso legal que lo llevaría a una sala del tribunal, un lugar donde las vidas de las personas se deciden en función de la verdad y las pruebas.

Tiempo después, en el juicio, el aire enrarecido incrementaba la tensión en la sala. Pedro, sentado en el banquillo de los acusados, parecía una sombra de sí mismo. Sus ojos, una vez reflejos de estoicismo, ahora mostraban rastros de duda y temor. La fatiga de los días previos al juicio era evidente en su rostro, donde cada línea parecía haber sido tallada por la ansiedad. A pesar de su aparente vulnerabilidad, había un atisbo de resiliencia en su postura, un recordatorio silencioso de las pruebas que había enfrentado y de su deseo de demostrar su inocencia.

En la primera fila, Milagros se aferraba a un pañuelo, apenas conteniendo sus sollozos mientras el silencio se cernía sobre la sala. Cada vez que el juez llamaba al orden, sus emociones parecían intensificarse. Su rostro, marcado por la pena y la culpa, estaba vuelto hacia Pedro, y en sus ojos había un torbellino de emociones: dolor por la pérdida de su hijo, arrepentimiento por no haber detenido la broma macabra y una profunda culpa que la atormentaba.

La cantante, con una presencia casi etérea, se mantenía al margen, observando la escena con una serenidad desconcertante. Su sonrisa, sutil pero constante, era enigmática, como si adivinara todo, anticipándose a lo que seguía, conforme se desvelaban los secretos. Se mordió las uñas al sentir la mirada de Milagros, quizá esperando una orden que no llegaba.

A medida que el abogado de Pedro comenzaba su alegato de homicidio culposo, con una voz que resonaba con convicción, la atención de todos se centraba en él. “Una broma es una broma”, comenzó, sus palabras flotando en el aire, cargadas de significados ocultos. Mientras hablaba, sus ojos se desviaban ocasionalmente hacia Milagros, cuyos sollozos se mezclaban con los murmulos de asombro del jurado, creando una sinfonía de tragedia y desesperación que llenaba la sala. “Además, Roy la inició”, terminó diciendo el defensor.

En la periferia, Milagros observaba y, al notar la creciente tensión en el ambiente, se acercó y le susurró una orden apremiante a la cantante: “Es la hora”, dijo con una firmeza que contrastaba con su aparente fragilidad. La cantante asintió con un gesto de complicidad, y se deslizó discretamente hacia la salida. Milagros se quedó pensativa y mientras se secaba las lágrimas besaba el crucifijo, convencida de que su decisión había sido correcta, y la única manera de alejar a su hijo del pecado. A pesar de todo lo que sufría, no se arrepentía. Entre murmullos, se oyó que decía: “perdónalo” mientras escuchaba la sentencia: cinco años de

prisión. Aunque el juicio había llegado a su fin, las cicatrices emocionales y los misterios sin resolver seguían atormentando a los involucrados, dejando una sensación de incompletitud en sus mentes. Sola, tal como había llegado, Milagros se marchó, no sin antes mirar fijamente a Pedro, quien aún no creía lo que sucedía. Su estoicismo se había desvanecido, y solo repetía: “No fue mi culpa”.

Cuando Milagros entró a su casa, lo primero que hizo fue dirigir su mirada hacia la chimenea. Entre lágrimas, una sonrisa iluminó su rostro. Ahí estaba, enmarcada en oro, la pintura del tierno y dulce rostro de un ángel. Era la hija de Pedro, ahijada de Roy. Esta niña, ahora su “hija”, ocupaba el mismo lugar que antes tenía la vieja acuarela de Coghlan.

Se dejó caer en su sillón, satisfecha. Su ruego había sido escuchado. El universo se había alineado a su favor. Besó su crucifijo, agradecida. Había deseado con intensidad la custodia de la pequeña, y ahora, con Pedro tras las rejas, sería fácil conseguirla. Además, la cantante se mudaría con ella, haciéndose pasar por la niñera de su hija. A cambio, le compartiría el 20% de las ganancias del bar mientras la acompañara. Todo parecía encajar perfectamente con lo que se había imaginado: ya no viviría sola ni de “limosnas”.

Mientras tanto, la cantante interpretaba con entusiasmo su papel de vaquerita. La actuación era su vida y, ahora que el bar estaba lleno, la disfrutaba más que nunca. La muerte de Roy, uno de los socios, había despertado la curiosidad y morbo de los clientes, quienes acudían a conocer el lugar del fatídico “accidente”. Esto reactivó las ventas, incrementando significativamente los ingresos.

Aunque la idea había sido suya, a la cantante no le afectaba que Milagros se adjudicara su plan o que dijera que el universo se había alineado. A ella le bastaba con haber hecho justicia. Además, Roy ya no la “molestaría” más...y eso sí importaba».

Los destellos del reflector multicolor incidían en su rostro, como queriendo disipar su somnolencia. Las perlas de sudor en la frente de Roy eran mensajeras de su lucha interior. El sufrimiento lo hizo volver en sí y, entre quejidos, alcanzó a abrir los ojos. Su risa, una vez fuerte y segura, ahora se desvanecía en el eco de su conciencia, reemplazada por la confusión y el alivio de una pesadilla que se deshacía. Parpadeando bajo las luces intensas, luchaba por distinguir entre su alucinación y la realidad. La memoria de Pedro apuntándole con un arma se desvanecía, como las sombras al amanecer. No había sangre, no había herida; solo el remanente de un temor infundado y la caja intacta en manos de Pedro, quien lo miraba ahora con una mezcla de preocupación y desconcierto.

—¿Estás bien? —preguntó Pedro, cortando el silencio, trayendo a Roy de vuelta a la realidad del bar, lejos de los horrores imaginados.

Entre los atisbos de conciencia, Roy recordó la sensación de pesadez que había precedido a su alucinación. Un detalle emergió con claridad: el brindis cruzado. La bebida de Pedro estaba adulterada. Ya no dudó más. En ese momento supo que fue víctima de una broma,

un espejo de lo que él hacía. Probablemente su subconsciente o un juego del destino lo había llevado a experimentar el miedo y la confusión que sus propias bromas habían causado en los demás. El acto de la vaquerita, el forcejeo y ulterior disparo, el juicio, todo había sido un juego, una ilusión tejida por su mente turbada bajo el efecto de la sustancia psicótica en la bebida.

Roy respiró profundo, dio gracias de que no estaba herido. Sin embargo, no se explicaba por qué seguía temblando y, de pronto, en un arrebato de pánico, con los ojos abiertos y la mirada todavía nublada por las sombras de su ensueño, se lanzó hacia Pedro. Su corazón latía al ritmo de su alucinación reciente, donde cada segundo imaginario pesaba como una eternidad. En un acto reflejo, motivado por el miedo de que su pesadilla cobrara vida, le arrebató la caja a Pedro con un movimiento brusco. "No la abras", rogó con voz quebrada, temiendo por su vida.

Pedro, sorprendido por la súbita reacción y el terror palpable en los ojos de Roy, se quedó con la palabra en la boca, observando a su amigo con una satisfacción contenida, sabiendo que le había pagado a Roy con su misma moneda. La ironía de la situación no escapó a ninguno de los dos, y aunque había un toque de remordimiento en su sonrisa, Pedro no pudo evitar sentirse satisfecho al ver que su broma había funcionado.

Con la revelación de la verdad y la comprensión mutua de la lección aprendida, la cantante, en su papel de mediadora, se unió a ellos y, abrazándolos, proclamó con alegría:

—¡Feliz Día del Amor y la Amistad!

Epílogo:

La vida volvió a la normalidad, pero con una nueva perspectiva para ambos. Roy ajustó su comportamiento, compartiendo las ganancias con su madre, mientras que Pedro disfrutaba la vida con su hija y las visitas a Milagros. La copia de "La Pistola", de Lichtenstein, se convirtió en un recordatorio de su vínculo y de las consecuencias de sus actos. La cantante, cuyo papel había sido crucial en esta lección, continuó su actuación, ahora con una audiencia que valoraba el espectáculo y, sobre todo, la amistad sincera.

Increíble, pero todo sucedió un 14 de Febrero y... ¡Miércoles de Ceniza!

Fernando Perales